

Precio 15 cts.

Reproducción

Tomo III, No. 58.—7 de Abril de 1921

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

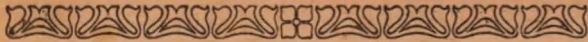
1. Intervencionismo en Méjico
2. El periódico
3. Logarquismo y teosofía
4. Rusia, espejo saludable
5. Esperad el amor
6. Miscelánea

Administración y primer lugar de venta: Botica La Dolorosa.

Descuento a los compradores de diez o más ejemplares de una misma fecha: 25 por ciento.

Venta por menor: Librería Torino, Avenida Central, frente al Banco Mercantil.

Imprenta Trejos Hnos.

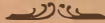


PRONTO

CRONICAS COLONIALES

ESCRÍBELAS

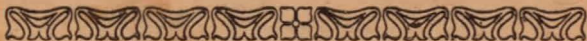
RICARDO FERNANDEZ GUARDIA



**CONSTARA DE 23 CRONICAS
RELATIVAS A LA VIDA COLONIAL**



**Editores:
TREJOS HERMANOS**



REPRODUCCION

Tomo III.—No. 58.—7 de Abril de 1921

El Intervencionismo en Méjico

por Luis Araquistáin

Los Estados Unidos están ya en el proceso de dominio de todo el territorio que va desde el estrecho de Behring hasta el canal de Panamá. Excluyamos al Canadá de nuestro examen, aunque la idea de su integración a la república norteamericana sea uno de los motivos de rozamiento con Inglaterra. Que el Canadá siga vinculado a la Gran Bretaña, que se declare independiente o se incorpore a los Estados Unidos, será un hecho sin trascendencia para el mundo en general y para el espíritu hispánico en particular. Las inquietudes comienzan al Sur de la República yanqui, en las fronteras de Méjico.

Pero el espíritu anexionista de los Estados Unidos no es de ahora. La

trayectoria viene señalada de bien antiguo. Los métodos de adquisición territorial han sido dos: por compra y por conquista armada; a veces por una mezcla de ambos métodos. En 1803 adquieren la Luisiana; en 1819, España les cede por tratado unos territorios entre Mississipí, Florida, Luisiana y el Golfo de Méjico; en el mismo año incorporan la Florida; en 1845 se anexionan Tejas, lo cual da lugar en 1846 a la guerra con Méjico, que acaba desastrosamente para este país con la cesión compulsiva, en 1848, no sólo de Tejas—separado de Méjico desde 1836 —, sino de la Alta California, Nuevo Méjico, Nevada, Arizona, Utah y parte de Wyoming y Colorado, en total, 918.355 millas cuadradas. En 1846 se anexionan Oregón; en 1853, Gadsden compra para los Estados Unidos, cuyo ministro era en Méjico, un territorio que redondea con este país los límites de Arizona y Nuevo Méjico; en 1867, adquieren Alaska; en 1898 se anexionan las islas de Sandwich; el mismo año, como consecuencia de la guerra con España, se quedan con Puerto Rico, islas Filipinas y Guam; en 1899, con Samoa;

en 1901, compran algunas islas Filipinas más; en 1904, adquieren el derecho perpetuo de ocupación, uso y control sobre la zona del canal de Panamá; en 1917, adquieren las Antillas danesas. En suma: durante poco más de un siglo, desde 1803 hasta 1917, se incorporan, por las armas y por la bolsa, territorios que miden 2.851.313 millas cuadradas, casi dos tercios de la superficie total de los Estados Unidos, que hoy es de 3.743.448 millas cuadradas. No podrá negarse la tendencia vorazmente expansiva de la República yanqui.

Y todavía no puede decirse que haya llegado, ni mucho menos, a la saciedad. Más bien se ha acrecentado su apetencia, sobre todo respecto de Méjico, por una razón que domina a todas y que más adelante explicaremos. Los norteamericanos gustan de repudiar toda sospecha de intervención en Méjico; pero uno de los tristes destinos de Wilson fué bombardear Veracruz en abril de 1914 y desembarcar fuerza armada, y en 1916 la incursión de Pershing en territorio mejicano para dar caza a Villa, estuvo a punto de

concluir en guerra entre ambos países vecinos. La obsesión de la guerra entre los dos pueblos es una de sus más angustiosas fronteras psicológicas.

Lo que se llama pueblo norteamericano, la masa anónima que no ve los dedos que manejan los hilos internacionales y que está siempre a merced, como en todas partes y acaso más que en ninguna, de las campañas sensacionalistas de una prensa corrompida, no desea la guerra con Méjico, porque no comprende su finalidad y porque, después de todo, el hombre de la calle, que no posee acciones en las poderosas compañías explotadoras de territorios extranjeros, nada tendría que ganar en un conflicto armado y mucho que perder. Pero tanto le han hablado sus periódicos de la anarquía y el bandidaje mejicanos y de los crímenes cometidos contra sus compatriotas, que la atmósfera bélica está bien preparada en los Estados Unidos y cualquier choque no le parecería sino el resultado de una necesidad de ética internacional.

¿Pero qué es eso del bandidaje mejicano? Ciertamente, desde la caída de

Porfirio Díaz, Méjico no ha recobrado su equilibrio. El poder tienta a los hombres, allí como dondequiera, y hasta ahora el único medio de lograrlo ha sido la fuerza. Pero el procedimiento no es privativo de Méjico. Lo han usado todas las repúblicas americanas, y salvo algunas como el Uruguay y la Argentina, donde el proceso de la acción directa de las armas parece definitivamente reemplazado por la acción política o indirecta del sufragio, todavía lo emplea la mayor parte. Y sin ir tan lejos, ¿no fué el siglo XIX en varios países de Europa un período de constantes revoluciones, de violentos asaltos al poder? ¿Y estamos seguros, después de lo que viene ocurriendo desde la guerra en todo el oriente de Europa y amenaza extenderse al centro y occidente, que se ha cerrado para siempre la era de la lucha armada por el poder político? ¿Y tiene ningún país derecho a interponerse en los conflictos internos de otro, en lo que son, después de todo, maneras suyas de buscar su propia libertad, e iraponerle determinados métodos supuestamente superiores?

El bandidaje mejicano, de que habla

continuamente la prensa norteamericana, tiene una difícil definición. Para los Estados Unidos, hay mejicanos que un día son bandidos execrables y otro excelentes patriotas, según se crea que fomentan o lesionan los intereses yanquis en Méjico. Sobre Villa por ejemplo, se han acumulado todos los dicterios y todas las loás, en momentos distintos.

El criterio norteamericano es demasiado subjetivo para que pueda aspirar a una validez universal. Y sin embargo, hay una clara distinción objetiva entre un revolucionario y un bandido. Un revolucionario no se conforma con menos de codiciar el Poder público; en su actuación podrá haber atropellos e iniquidades con hombres y cosas; pero su finalidad es el timón del Estado. La república norteamericana no ha permanecido nunca indiferente ante lo que ha acontecido en el Méjico revolucionario: simpatizó con Madero contra don Porfirio; ayudó a Carranza contra Huerta, y después a Obregón contra Carranza, según veía amparado o en peligro el dólar en tierra mejicana. Esta ayuda, unas veces ha sido moral; algunas, material. El armamento con

que se hacen las revoluciones mejicanas es casi siempre yanqui. Hay, pues, una poderosa industria norteamericana, la que fabrica armas, vivamente interesada en que Méjico no se pacifique. Suponemos que este interés por un fructífero mercado de armas habrá crecido después de la guerra, al cerrarse el pingüe mercado de Europa. El contrabando de armas en la frontera de Méjico y los Estados Unidos ha sido tan escandaloso, que el gobierno norteamericano ha tenido que prometer más de una vez, por indicación parlamentaria, su supresión. Pero no se ha suprimido.

El bandido es una especie distinta. No tiene ambiciones de poder político, sino codicia económica. Al amparo del desequilibrio del país, roba lo que puede y ejerce el chantage contra extranjeros, destruyendo trenes y explotaciones industriales, para que le compren espléndidamente su inacción y, a veces, su amistad. Hombres como Villa y Zapata pertenecen a una categoría indecisa, son fronterizos de la revolución y del bandidaje. Otros, de chantagistas se convierten en policía

de los chantageados. Tal es el caso del llamado «rey» Peláez, un sujeto que cuenta con una fuerza de cuatro o cinco mil hombres bien armados, encargada de velar los pozos petrolíferos de Tampico, contra otros posibles bandidos y contra los funcionarios del Gobierno que van a cobrar los impuestos sobre el petróleo. Es un franco insurrecto a quien pagan los explotadores norteamericanos de los pozos petroleros, según declaración de la embajada de los Estados Unidos en Méjico (veáse *The plot against Mexico*, de L. J. de Bekker, de donde tomamos algunos de estos datos), alrededor de un millón de pesetas por mes. ¡Y hay petrolero que en tiempo de Carranza soñaba con hacer presidente de Méjico al «rey» o «general» Peláez!

Como se ve, el bandidaje y la revolución de Méjico tienen sólidos puntos de apoyo en los norteamericanos. Si los Estados Unidos no tuvieran enormes intereses en la república vecina y pudieran desentenderse de sus acontecimientos interiores, podría asegurarse que habría menos revolucionarios y, sobre todo, menos bandidos. Pe-

ro no pueden inhibirse; los empuja la mecánica fatal de su economía expansiva, imperialista, y especialmente la necesidad de adueñarse del territorio más rico en el más rico de los productos naturales: el petróleo, piedra angular de la presente política internacional, y, en el futuro, probable causa de grandes guerras y del crecimiento o decadencia de algunos imperios, como pronto veremos. Los Estados Unidos necesitan de orden en Méjico, y no hay más que dos modos de lograrlo, por servidumbre espontánea o por conquista violenta. Pero el pueblo mejicano es demasiado independiente para someterse por temor o por abyección; sólo se rendirá a la fuerza. Por esto los norteamericanos que lo conocen y quieren rendirlo para apoderarse de su inmensa riqueza petrolífera, nueva base de potencia internacional, saben que no hay más que un camino: la intervención.

La raíz del intervencionismo de los Estados Unidos en Méjico corresponde a dos móviles: por una parte, necesitan de un régimen de estabilidad para explotar con pingües resultados los pozos petrolíferos, y con objeto de lograrlo

mediante la intervención, no tienen inconveniente en multiplicar el desorden—propio de un país que todavía no ha completado el proceso revolucionario que se inicia con el fin de la dictadura de don Porfirio,—ya por la acción privada de las Compañías, sosteniendo a sueldo a rebeldes armados como el «rey» Peláez, ya por la acción semioficial, revelada en la complicidad del agente consular Jenkins a fines de 1919 con Villa y otros facinerosos de su jaez. Por otra parte, los explotadores norteamericanos del petróleo de Méjico quieren eludir todo gravamen fiscal sobre esta riqueza. Esta es la causa principal del conflicto, agudizada por consecuencia de la Constitución promulgada en Querétaro el 31 de enero de 1917.

Dos son los puntos de la nueva Constitución que hieren los privilegios de los extranjeros que explotan el petróleo. Según el uno, «sólo los mejicanos, por nacimiento o naturalización, y las Compañías mejicanas, tienen derecho a adquirir propiedad sobre tierras, aguas y sus pertenencias, o a obtener concesiones para explotar mi-

nas, aguas y combustibles minerales en la república de Méjico. La nación puede conceder el mismo derecho a extranjeros, con tal que se avengan ante el Ministerio de Relaciones Exteriores a ser considerados como mejicanos en lo que respecta a tal propiedad, y consiguientemente a no invocar la protección de sus Gobiernos respecto a la misma, bajo pena, en caso de infracción, de ser confiscada por la nación la propiedad así adquirida». Según el otro, artículo 27 de la Constitución, se establece el dominio directo de la nación sobre el subsuelo, conforme a un principio jurídico español, por oposición al principio contrario de las leyes inglesas, que otorgan al propietario de la superficie el derecho de propiedad sobre la riqueza subterránea. En una palabra, Carranza quiso implantar en la Constitución promulgada por él el principio de nacionalización de la riqueza del subsuelo, singularmente del petróleo, que hasta entonces no pagaba derechos, o eran insignificantes, en relación con la riqueza extraída. Estas dos disposiciones fueron combatidas rudamente por los concesionarios ex-

tranjeros, sobre todo por los norteamericanos, y no será aventurado suponer que en la trágica muerte de Carranza, a que condujo el levantamiento de Obregón, intervino en no escasa parte esta actitud suya frente al petróleo. Toda explicación que se dé a los acontecimientos de Méjico de estos últimos años, sin vincularla con el problema del petróleo, ha de ser por fuerza errónea o defectuosa.

(Del libro en prensa *El peligro yanqui.*)

El periódico

Fué incontestablemente la Prensa la que con su manera superficial, liviana y precipitada de afirmar todo, de juzgarlo todo, más arraigó en nuestro tiempo el funesto hábito de los juicios ligeros. En todos los siglos, de seguro, se improvisaron atrevidamente opiniones: el griego era desconsiderado y gárrulo; ya Moisés, en el largo desierto, sufría con el murmurar variable de los hebreos; pero nunca como en

nuestro siglo apresurado, esa operación imprudente llegó a ser la operación natural del entendimiento. Con excepción de algunos filósofos exclavizados por el Método y de algunos devotos roídos por el escrúpulo, todos nosotros nos «deshabitamos» o más bien nos desembarazamos alegremente del penoso trabajo de comprobar. Y con impresiones flúidas formamos nuestras sólidas conclusiones. Para juzgar en Política el hecho más complejo, nos basta el rumor oído en una esquina una mañana de viento. Para apreciar en Literatura el libro más profundo, atestado de ideas nuevas que el amor de largos años encadenó fuertemente, nos basta con hojear acá y allá algunas páginas, entre el humo obscurecedor del cigarro. Principalmente, para condenar, nuestra ligereza es fulminante. Con qué soberana facilidad declaramos: «¡Este es un bestia! ¡Aquel es un tunante!» Para proclamar «¡Es un genio!» o «¡es un Santo!» ofrecemos una resistencia más considerable. Pero aun así, cuando una buena digestión o la suave luz de un cielo de mayo nos inclinan a la benevolencia, también concedemos bizarra-

mente, con sólo lanzar una mirada distraída sobre el elegido, la corona o la aureola, y empujamos hacia la popularidad a un majadero cubierto de laureles o «nimbado» de rayos. Así pasamos el bendito día estampando rótulos definitivos en el dorso de los hombres y de las cosas. No hay una acción individual o colectiva, personalidad u obra humana sobre la que no estemos prontos a promulgar una opinión terminante, y la opinión tiene siempre por base, apenas, aquel pequeño lado del hecho, del hombre, de la obra que pasó por azar ante nuestras miradas rápidas y fortuitas. Por un gesto juzgamos un carácter, por un carácter apreciamos un pueblo.....

¿Y quién ha hecho arraigar estos hábitos de desoladora liviandad? El periódico, el periódico que nos ofrece cada mañana, desde la crónica hasta los anuncios, una masa espumante de juicios ligeros, improvisados la víspera, a media noche, entre el silbar del gas, el menudear de las bromas, por excelentes rapaces que entran en la redacción, cogen un pedazo de papel y, aun sin quitarse el sombrero, deciden

con dos rasgos de pluma sobre todas las cosas del Cielo y de la Tierra. Que se trate de una revolución del Estado, de la solidez de un Banco, de una comedia de magia o de un descarrilamiento, la pluma, con un brazo, juzga y decide. Ningún estudio, ningún documento, ninguna certeza.....

*
* *

El periódico es el fuelle incansable que sopla sobre la vanidad humana, irritándola y levantando llama. ¡De todos los tiempos, es la vanidad del hombre! De ella se lamentó el gemebundo Salomón, y por ella se perdió Alcibíades, el más grande de los griegos. Sin embargo, nunca como en este siglo fué la vanidad el motor jadeante del pensamiento y de la conducta. En estos estados de civilización ruidosos y vacíos, todo deriva de la vanidad, todo tiende a la vanidad. ¡Y para el civilizado, la forma nueva de la vanidad consiste en tener su rico nombre impreso en el periódico y su rica persona comentada en el periódico! «¡Vivir en el periódico!» esa es hoy la impaciente aspiración y la suprema recompensa!

En los regímenes aristocráticos el esfuerzo era para obtener si no el favor, por lo menos la sonrisa del Príncipe. En nuestras democracias, el ansia de la mayoría es alcanzar siete líneas de elogio en el periódico. Para conquistar esas siete líneas benditas, los hombres ejecutan toda clase de acciones, hasta las buenas. ¡Hasta las buenas! «Nuestro generoso amigo Z....» sólo manda los cien mil reis al asilo de niños para que la gaceta exalte los cien mil reis de Z...., «nuestro generoso amigo». Y no es necesario que las siete líneas contengan mucha miel y mucho incienso; basta con que pongan el nombre en evidencia, bien negro, con ese brillo que es más apetecido que el viejo nimbo de oro del tiempo de las Santidades. Y no hay clase que no esté devorada por esta hambre morbosa del «reclamo». Están devoradas la de los seres de exterioridad y de «mundanismo» y la de aquellos que sólo parecían amar en la vida, como su forma mejor, la quietud y el silencio.....

El periódico extiende sobre el mundo sus dos hojas salpicadas de negro, como aquellas dos alas con que los

iconografistas del siglo XV representaban la Lujuria y la Gula: y el Mundo se precipita al periódico, se quiere cobijar bajo las dos alas que lo lleven a la «gloria», que esparzan su nombre por el aire sonoro. Y por esa «gloria» los hombres se pierden, la mujeres se envilecen, los políticos trasforman el orden del Estado, y los sabios hacen alarde de teorías milagrosas, y de todas partes y de todos géneros, surge la horda pululante de los charlatanes.... (¡Cómo me voy volviendo grandilocuente y bravucón!) ¡Pero esa es la verdad! ¡Cuántos prefieren ser injuriados a ser olvidados! (Hombrecillos de letras, poetisas, dentistas, etc.). El mismo mal anhela ansiosamente las siete líneas que lo maldicen. Para aparecer en el periódico, hay criminales que asesinan. Hasta el viejo instinto de conservación cede al nuevo instinto de notoriedad; y existe majadero que ante un funeral convertido en apoteosis por la abundancia de coronas, de los coches y de los lamentos oratorios, se humedece los labios pensativo y desea ser el muerto.



Todo periódico destila intolerancia, como un alambique destila alcohol, y cada mañana la multitud se envenena con los sorbos de ese traidor veneno. Por la acción del periódico es por lo que se agrían los viejos conflictos del mundo, y las almas «desevangelizadas», se hacen más rebeldes a la indulgencia. La sociabilidad suaviza y redondea constantemente las divergencias humanas, como el río redondea y alisa todos los guijarros que en sus aguas ruedan, y la humanidad que una gran cultura y la vejez han formado dócilmente sociable, tendería a una pacificación suprema si cada mañana el periódico no avivase los odios de Principios, de Clases, de Razas, y con sus gritos no los azuzase como se azuza a los mastines hasta que se enfurecen y muerden. El periódico ejerce hoy todas las funciones malignas del difunto Satanás, de quien heredó la ubicuidad, y es, no sólo el Padre de la Mentira, sino también el Padre de la Discordia. El es quien por un lado inflama las exigencias más voraces y por otro suministra cal y piedra a las resistencias más inicuas.

Cuando estalla una huelga, o cuando dos naciones chocan bruscamente en sus intereses, o cuando en el orden espiritual dos credos se oponen con hostilidad, el instinto primero de los hombres, que el trascurso de la civilización ha ablandado y desarmado, les hace murmurar: «¡Paz! ¡Juicio!», y extender las manos unos hacia otros, con aquel gesto hereditario que funda los pactos. Pero surge luégo el periódico, irritado como la Furia antigua, que los separa y les sopla en el alma la intransigencia, y los empuja al combate y llena el aire de tumulto y de polvo.

El periódico mató en la tierra la Paz. Y no sólo atiza las cuestiones ya apagadas como cenizas de hogar, hasta que de ellas salta nuevamente una llama furiosa, sino que inventa nuevas discusiones, como ese naciente antisemitismo, que repetirá antes de que el siglo acabe las anacrónicas y brutales persecuciones medioevales. Además, el periódico....

EÇA DE QUEIROZ

Siglo XIX

Une mise au point nécessaire pour qui cherche la vérité

Bajo este título, una ilustradísima escritora belga me hace el honor de criticar una de mis pequeñas notas. Doy en seguida la traducción literal del artículo, pero callando por el momento el nombre de la autora, en señal de sincero respeto. Al cabo de muchos años de ser el porta-estandarte femenino de un espiritualismo radicalmente lógico y, por consiguiente, dualista, vacila ahora ella y, dejándose llevar de su temperamento de artista, sale a defender (¿) la teosofía y me hace una pregunta final que equivale a un chorro de agua para mi molino. ¡Gracias! es cuanto tengo, pues, que contestar. Sigo en mi barrera de ignorante de metafísica, repitiendo siempre: YO NO SÉ.

Es doloroso no saber; pero lo es más creer saber, gastando los mejores años de la vida en sostener aquello mismo que ha de negarse en la postimería o viceversa.

Viene la traducción. Las llamadas al pie de página son más.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

Desde la barrera

Reproducción, T. III, Nos. 49-50

En el cuaderno arriba indicado, de *Reproducción*, se encuentra una nota en que son señalados los rasgos *distintivos* del logarquismo y de la teosofía. Deseo hacer reparar a su Autor en algunos errores que provienen sin duda de un conocimiento insuficiente de la teosofía. (1)

No me detengo en el primer punto del paralelo, aunque no me satisface completamente. (2).

Veamos el segundo:

2. Las almas del logarquista son

(1) En mi nota digo:

«Según lo que he podido sacar en limpio de mi estudio del logarquismo, voy a resumir los rasgos que lo distinguen de la teosofía (de que he cido hablar)».

Reconozco bien mi insuficiencia.

(2) Este punto es el capital. Lo recuerdo aquí:

«1. El logarquista es dualista: admite lo inmaterial (el alma, la sustancia propiamente dicha, que puede darse cuenta de su propia existencia) y lo material (lo que se toca, lo fenomenal, el movimiento).

»El teósofo es monista: el universo es de una sola esencia. No se distingue el teósofo del materialista sino en el NOMBRE que da a esta esencia.»

simples (sin cualidades), indivisibles, inmodificables, eternas (sin principio ni fin).

» Las almas (o el alma) del teósofo evolucionan, progresan, son modificadas».

Para el logarquista, el alma es sin comienzo ni fin, inmodificable, es una *inmaterialidad*.

Si el Teósofo llama *alma* a algo que evoluciona, que progresa, que se modifica, no es ciertamente la inmaterialidad, lo absoluto, lo que él contempla; el Teósofo sabe muy bien que lo absoluto, lo inmaterial, no es modificable, y *hasta declara que no se habla de lo absoluto* (1); siendo el razonamiento lo que separa, lo que compara, lo que forzosamente limita, hacer entrar en el razonamiento lo absoluto, hablar de lo absoluto, sería para el Teósofo destruir este absoluto en cuanto absoluto.

Yo supongo que lo que ha podido motivar la confusión en el espíritu del Autor, es que los teósofos, admitiendo

(1) Yo subrayo, para llamar la atención del lector. Esta de claración es interesantísima.

que el hombre posee siete cuerpos de sutilidades diferentes, dan a veces el nombre de *alma* a los cuerpos superiores, a partir del *manas superior*, es decir a los cuerpos que no se desasocian entre dos encarnaciones.

Rectificado el segundo punto, el tercero será presto aclarado. (1)

Si los desencarnados tienen un organismo con memoria centralizada y si viven en estado de sociedad, ¿por qué no desarrollarían el verbo? Buenamente, porque el Autor quiere establecer una oposición entre el logarquismo y la teosofía. No ha enseñado jamás ésta que inmaterialidades puedan comunicarse directamente entre sí. Además, ella no habla de inmaterialidades en plural, como no habla de inmaterialidad en singular. (2)

(1) Me toca a mí citarlo:

«3. Para el logarquista, las almas no pueden comunicarse entre sí sino mediante el verbo (el lenguaje verdadero). Y este verbo no puede desarrollarse (o, mejor, nacer) sino en organismos que posean una memoria centralizada y que vivan en sociedad. Un hombre es un alma unida a un organismo de esta clase. El animal es un organismo sin alma: no puede darse cuenta de su existencia ni habla.

«Para el teósofo, las almas pueden comunicarse entre sí directamente».

(2) Total: el Teósofo no habla de inmaterialidades ni de inmaterialidad. ¿Por qué se llamará *teo-sofo*, entonces?

Veamos el punto cuarto. (1)

Creo verdaderamente que, tanto para el Teósofo como para el Logarquista, sólo el razonamiento *demuestra*. Pero el Logarquista distingue entre el razonamiento simple y el razonamiento complejo. Oigo el sonido de una campana; veo una luz roja, etc., son razonamientos simples, cuya evidencia es inmediata, y cuyo origen yo compruebo («controlo») por un razonamiento complejo.

Puédese que una atenta observación de lo que se pasa en ellos, conduzca a los teósofos a otras evidencias que las que aparecen a los logarquistas, y bastará probablemente a éstos escuchar lo que en ellos se pasa, para registrar nuevos «razonamientos simples».

La palabra intuición exige también tal vez cierta precisión. (2)

(1) « 4. Al logarquista la intuición no suministra sino datos, hechos. Solamente el razonamiento discursivo es capaz de *probar* alguna cosa.

Al teósofo, la prueba le viene únicamente del conocimiento directo, intuitivo. El razonamiento lógico es inadecuado a dar una convicción moral».

(2) ¡Seguro! Y por aquí habría que empezar. Lo otro, la distinción entre razonamientos simples y razonamientos complejos, y la posibilidad de acrecentar el número o la calidad de los primeros, es cosa secundaria. Quedamos, si no me equivoco, en que solamente el razonamiento *demuestra* y en que lo absoluto no entra en el razonamiento del Teósofo. La conclusión sale solita.

Quinto punto. (1) Es preciso de veras no haber estudiado ningún libro de teosofía, para hacer tales afirmaciones. La ley de Karma es la expresión misma de las leyes de la naturaleza, o, mejor, de la ley de la naturaleza, y puede explicarse en función misma de los *fenómenos de equilibrio*. (2)

Estoy convencida de que hay una diferencia entre el logarquismo y la teosofía, pero ella reside en el primer punto, QUE JE NE RELEVERAI PAS AUJOURD'HUI. Me contentaré sin embargo con hacer al Autor de la nota una pregunta de metafísica:

¿No es en apariencia únicamente que hay *inmaterialidades*, *identidades*? La coexistencia de *inmaterialidades*, de *identidades* (en PLURAL), ¿no es con-

(1)

«5 Para el logarquista, la ley de Justicia ó de Karma debe probarse por un razonamiento.

«Para el teósofo la ley de Karma no se explica. El hombre no puede comprenderla, debe aceptarla por fe y creer en ella sin prueba.»

(2) ¡Admirable! No obstante mi afán de distinguir el logarquismo de la teosofía, me quedé corto: no me atreví a decir tanto como la Autora. ¡Se desvanece la última ilusión de espiritualismo en la teosofía! La ley de Justicia, la ley de la naturaleza, *puede explicarse en función de los fenómenos de equilibrio*. Por consiguiente, lo absoluto—«de que no hablan los teósofos»—no tiene que ver con la tal ley.... ¡qué no resulta LRY, en resumidas cuentas!

¡Oh benditos hombres que somos todos!

tradictoria con la lógica que él invoca por lo demás con justa razón? (1)

La inminencia de la realidad

«La crisis de Barcelona—decía recientemente el Sr. Cambó—es la expresión en España de una formidable crisis universal, y es el anticipo de lo que puede ocurrir, de lo que probablemente ocurrirá, en el resto de España, a no tardar. Y esta crisis universal, de la cual lo que ocurre en Barcelona es repercusión y anticipo, es la crisis más profunda que haya sacudido y agitado a la Humanidad. No es una crisis que ponga en juego accidentes, modalidades políticas o sociales; es una crisis que pone en juego los fundamentos, las bases fundamentales, esenciales, de nuestra civili-

(1) No soy teósofo ni logarquista ni materialista. Soy un simple químico. No soy tampoco agnóstico; yo no le señalo confines a la ciencia. Lo único que afirmo es mi personal ignorancia en metafísica. Yo no sé si exista una sola inmaterialidad o distintas inmaterialidades o ninguna inmaterialidad. Pero mi lógica de químico me dice que si la inmaterialidad es una sola, bien puede ser eliminada de nuestras preocupaciones: tanto da que exista como que no exista. Por eso sostengo que el logarquismo constituye la última trinchera del espiritualismo, la que tomarán un día los materialistas o la que no tomarán nunca.

zación... Y esas bases de la sociedad en que vivimos, son lo que está en pleito hoy en el mundo entero». (Discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados el 2 de febrero de 1920.)

¿Hay quien no se haya enterado de esto? Sí; hay mucha gente que no se ha enterado. Es una de las muchas cosas absolutamente increíbles que tenemos que creer los que vivimos en España. Verdad que esta inconsciencia, más que privativa de España parece peculiar de las clases acomodadas de todos los tiempos y países. No se puede dejar de evocar, por usado que esté su recuerdo, a los cortesanos de Luis XVI; pero hay ejemplos cercanos de la contumacia de ciertas mentes. Cuando el 7 de noviembre de 1917 se apoderaron los bolcheviques del Poder en Rusia, «...los habitantes de Moscou dormían tranquilamente, y no sabían que en aquel momento un Poder sucedía a otro». Es fácil imaginar la sonrisa que brillaría en el mefistofélico rostro de Trotsky al pronunciar esas palabras dirigidas al Congreso de los Soviets al día siguiente del golpe de mano bolchevique. Hay,

además, en las clases conservadoras de la sociedad, una notable propensión a creer que «no pasará nada», y, cuando pasa, «que todo se arreglará». Hasta tal punto, que aun el dinero, ente el más tembloroso y asustadizo, 'da en ocasiones muestras de esa confianza envidiable. Cuando Lenin nacionalizó todos los Bancos de Rusia, «el golpe fué verdaderamente rudo para las clases pudientes. En seguida, un pánico enorme cundió entre los que tenían fondos depositados en los Bancos. Ya, la víspera de la publicación del Decreto, muchos capitalistas se habían apresurado a retirar su dinero de los Bancos y de sus cajas de caudales para transportarlo al Japón, a Suecia, a Noruega, a otros países. Pero la mayor parte, no creyendo en la estabilidad del régimen bolchevista, aguardaban con cierto fatalismo el desarrollo de los acontecimientos y fueron cogidos de improviso. Inmediatamente después del Decreto de nacionalización de los Bancos, las cajas de caudales halláronse en manos del nuevo Poder, el golpe estaba dado, y no había más remedio que resignarse».

(N. Tasin; *La revolución Rusa*. Madrid, Biblioteca Nueva, página 228.)

Y es que las ideas políticas y los acontecimientos políticos son para muchos utopías, incidentes, expansiones para divertir a los profesionales, o pequeñeces abultadas por los periódicos en su afán de sensacional información.

(RUSIA, espejo saludable para uso de pobres y de ricos, por Rafael Calleja. Biblioteca Calleja. Madrid 1920).

Hay que esperar el amor

Sí, niñas, sí, hay que esperar el amor, porque el amor es la flor de la vida. Pero no hay que confundir el amor con el noviazgo; es más: el noviazgo es el enemigo del amor, porque estraga el corazón en juegos vagos, en disposiciones malsanas, y le imposibilita para la verdadera bendición de la suerte.

Dice san Francisco de Sales: «Vírgenes, guardad vuestro primer amor para vuestro primer marido».

Yo me permito cambiar la fórmula, y os digo: «No tengáis novio nunca hasta que estéis seguras de estar verdaderamente enamoradas, y en cuanto estéis seguras de vuestro amor, casaos con él».

Pero «hay que estar seguras», y sobre todo, no hay que dar nombre de amor a juegos de amor propio o pasajeras emociones producidas por el malsano ambiente de un baile, una charla, una rivalidad entre chiquillas.

En el verdadero amor hay y debe haber dos elementos: atracción física y alta estimación moral; sin uno o sin otra, comprometerse en una aventura amorosa es locura y predestinación de segura infelicidad. El matrimonio es todo perfecto, cumbre de la humana felicidad cuando es un matrimonio verdadero; es infierno en vida cuando se desacierta en él.—;Guardad vuestro amor para vuestra felicidad y esperad con paciencia y reverencia, no malgastando el tesoro en aventuras vanas! Buscad un hombre y encontraréis un hombre; pero que encuentre él en vosotras una mujer, porque la vida que habéis de andar juntos no es juego de

muñecas ni fiesta de salón, sino camino largo que hay que recorrer, huerto que hay que labrar, casa que edificar, tierra que dominar y cielo que alcanzar. Todo eso pueden lograrlo juntos un hombre, una mujer y mucho amor; pero si falta uno de los tres elementos, la casa se hunde, el huerto no florece y el cielo se pierde.

G. MARTINEZ SIERRA

Miscelánea

He encontrado una diferencia tan grande entre los pensamientos y el alimento—sin el cual yo no pensaría absolutamente—, que he creído que hay en mí una sustancia que razona y una sustancia que digiere. Sin embargo—tratando siempre de convencerme de que soy doble—, he sentido groseramente que soy uno solo; y esta contradicción me ha causado siempre un pesar extremo.

He preguntado a algunos de mis semejantes, pero cultivadores industrioses de la tierra, nuestra madre común,

si ellos se sentían dobles; si habían descubierto por su filosofía que poseyeran en sí una sustancia inmortal, formada no obstante de nada, existente sin extensión, obrante sobre sus nervios sin tocarlos, enviada expresamente al vientre de sus madres, después de la concepción; y ellos han tomado a chanza mi discurso y han seguido labrando sin responderme.

VOLTAIRE, *Le philosophe ignorant.*

*
* *

Desde otro punto de vista, me repugna que viviendo yo, aparezcan detalles tan íntimos respecto a mi alma, mi carácter, mis intenciones, mis defectos y mis cualidades. Es necesario que un hombre haya muerto, para que se le juzgue. La tumba se cubre con una luz que procede de la vida. Sentada sobre la piedra fría y muda, la amistad retorna, en silencio, a los tiempos que pasaron; ella los contempla y los compara: ve al niño, al joven, al hombre maduro, al anciano, y ella puede decir todo lo que fué, porque las edades se aclaran la una por la otra. Pero con-

templar un hombre vivo, en un punto de su carrera, cuando le está impedido hablar por una multitud de incertidumbres o de cosas que no pueden decirse todavía, es una tentativa muy peligrosa.

LACORDAIRE

*
* *

Cada etapa de ascensión hace cambiar para el viajero de las montañas todas las perspectivas del paisaje circunyacente; si el observador lograra colocarse en la cima insuperable, la noción del mundo que desde allí se formaría más amplia, habría de ser más cercana a la exactitud del conocimiento. Las investigaciones científicas—avance ascensional de las ideas—levantan igualmente el criterio a la contemplación de panoramas cada día más vastos, y toda conquista de latitud en el horizonte, cada extensión del radio visual, modifica el sentido y la posición de los paisajes precedentes. La visión de la altura suprema, si fuera concebible el alcanzarla alguna vez, sería en uno y otro caso la totalidad del panorama con el doble relieve de la

amplitud de lo universal y de la precisión de lo definitivo, y patentizaría, en medio de las diferenciaciones de la vida, la serena unidad de la Naturaleza.

C. A. TORRES

*
* *

Nunca tengáis más guía que la experimentación.—El mayor desarreglo del espíritu consiste en creer que las cosas son como uno quiere que sean.—Estas tres palabras; tribuna, discursos, orador, me parecen incompatibles con la sencillez y el rigor científicos.—No estoy ligado a ningún partido y no habiendo estudiado política, ignoro muchas cosas; pero lo que sé es que amo a mi patria y la sirvo con todas mis fuerzas.—Recojamos hechos para tener ideas.

PASTEUR

*
* *

Me he refugiado en el microscopio, porque prefiero la virulencia de los microbios a la virulencia de los hombres.

RAMÓN Y CAJAL

Traduzco a mi lenguaje una respuesta de un jovencito que no debe nada a las escuelas públicas:

—¿Usted fuma?

—Sí, pero lo menos que puedo y a escondidas.

Lo menos que puedo, por dos razones: 1.^a, por economía; 2.^a, porque el placer mismo que me da el fumar —cierta vaguedad o sabrosa distracción —me hace temer un daño para la cabeza. ¿No se debilitarán a la larga la memoria y la atención?

Fumo a escondidas, por otros dos motivos: por no desagradar a mi padre y para no dar mal ejemplo.



—Pero fumar a escondidas, es hipocresía, me dijo luego un alumno del Liceo. Y añadió: todo lo que se hace a escondidas es redondamente malo.

—¡Alto!, repuse yo. ¡Cuidado con el griego! ¡Y cuidado con las afirmaciones redondas! Hipócrita es quien engaña fingiendo virtudes o quien ha-

ce daño bajo falsas apariencias. *Hipócrita* significa en griego, poco más o menos lo que *impostor* en latín. El ocultarse no entraña siempre maldad. El secreto realza la bondad de muchas obras y atenúa el mal de otras. Hay además muchos actos normales, necesarios, benéficos, que deben hacerse encubiertamente, por higiene, por pudor, por urbanidad.

La impostura debe ser siempre reprobada. El recato es otra cosa muy distinta. El recato es una virtud o, en el peor de los casos, un «homenaje a la virtud».

E. J. R.

